

Un señor de Murcia

Luis García Trapiello

SI UNO se asoma a la sima de la deuda del Gobierno del PP de Murcia, lo de menos es el vértigo que se siente, lo de más es la indignación moral que te invade. El alegre, el campechano, Don Ramón Luis Valcárcel Siso (así, todo entero que suena muy bien) ha gastado desde el principio de su ya viejo gobierno lo que no tiene. Como señor de aquellos huertos, que sembró de adosados y de madrigueras para las duras pelotitas de golf, dio dinero a mansalva a todo aquel que quería gritar contra Zapatero.

Se juntó con su amigo Don Francisco Enrique Camps Ortiz, el de los trajes (lo grave no son los trajes sino el por qué de los trajes) y ambos sonreían en las manifestaciones, muchas, que por el agua o por la tierra, por el aire o por el ave, convocaban asociaciones fantasmas bien alimentadas con el dinero que, generosos, les daban; a estas y a los fantasmas.

Hoy son tiempos de penuria. Se han secado los adosados y el agua ya no tiene zanahorias que regar. Su política ha venido a demostrarse nefasta, pero el palo se lo dan a los funcionarios. Seamos justos, no pidamos que sus sueldos sean la mitad de los que ahora cobran por arruinar a un pueblo; copiando a Nouriel Roubine, propongamos que a modo de un malus se les cuelgue al cuello, a todo su gobierno, incluido al de cultura, un cencerro grande, de los de grave y profundo sonido, para que, a pesar de la niebla de tanta palabrería comprada por ellos con público dinero, sepamos siempre dónde están pastando cual vulgares cabestros.

El Señor de Murcia y el de la huerta valenciana son simpáticos jefes de tanto legal latrocinio.